

La marcha del silencio

Ocho hombres y una mujer, todos con trajes carísimos, diseñados por algún soñador idealista y confeccionados por algún niño esclavizado, conversaban alrededor de una mesa. Era una mesa pesada, una mesa bonita, una mesa costosa, una mesa mate, pero al fin y al cabo, era una mesa normal. Sin embargo, las personas que se sentaban a su alrededor, pese a ser seres humanos como los demás, no eran normales. Eran personas en el sentido más despreciable que se le pueda atribuir a esa palabra. Personas a las que el sufrimiento ajeno les importaba tanto como nada, personas cuyo único objetivo era ser más poderosas, sin importar las consecuencias. Personas a las que la idea de que el mundo se componía de más personas y no sólo de números escritos en papel, les parecía una mera casualidad. Esas nueve personas eran las dueñas del mundo. Antes eran quince, y antes de eso eran treinta y siete, pero los que más tenían fueron comprando a los que menos, hasta quedar solo nueve. Todo era susceptible de ser comprado, incluso si aquello que se quería comprar no lo vendía nadie.

La mesa estaba llena de papeles, pues en aquella reunión se estaba decidiendo el día de mañana del mundo entero y era demasiado importante como para no haber papeles de por medio. Ninguno los miraba, no les hacía falta leer lo que ponía para saber si el movimiento del que tenía al lado le iba a suponer una pérdida de dinero. Pero eso no solía ocurrir, ya que siempre se ponían de acuerdo para que todos ganasen más. Mañana iban a montar una guerra en un sitio que les interesaba, pero el señor que estaba hablando se detuvo a escuchar el ruido que venía de la calle. Era curioso, porque era un ruido silencioso. Era un ruido rítmico, acompasado. Era un ruido como de hormigas, pero de muchas hormigas, de una cantidad ingente de hormigas. Pero se necesitarían tantas hormigas para hacer ese ruido que sería imposible ponerlas de acuerdo a todas. No. El señor dio un manotazo al aire, como si con ello apartase aquella absurda idea, y continuó hablando.

En la calle la marcha avanzaba paso tras paso, sin prisa. Nadie corría, todos andaban al mismo ritmo y, si alguien hablaba, una mirada de soslayo bastaba para hacerle callar. Se movían en silencio, el único ruido permitido en aquella procesión profana era el de las pisadas, para seguir hacia adelante, y el de la respiración, para recordar que estaban vivos. No eran cuatro, ni veinte, ni quinientas personas. Tampoco eran mil, ni diez mil, ni cien mil. Eran millones. Y todos avanzaban por igual. Algunos necesitaban ayuda y tenían que ir agarrados del brazo de alguien, había niños que iban en su carrito o en brazos, pero ni una palabra asomaba por los labios sellados de aquella gente. Estaban tan acostumbrados a callar que parecía oportuno utilizar el silencio a su favor. No llevaban armas, su única arma era la razón. No llevaban banderas, les bastaba con enarbolar la verdad.

Cuando llegaron a la puerta del edificio donde se encontraban reunidos los dueños del mundo tocaron al timbre educadamente, pero nadie abrió. Los dueños del mundo no acostumbraban a abrir las puertas, sino que siempre había alguien que las abriera para ellos. Esta vez, millones de personas estaban dispuestas a abrir aquella puerta, y la que llegó primero no se lo pensó dos veces. Entraron en todas las habitaciones del edificio, buscando aquella en la que se celebraba la reunión, y cuando llegaron a ella, los rodearon. Los dueños del mundo estaban boquiabiertos, la sorpresa sería la sombra de un débil fantasma en comparación con lo que los nueve sentían en aquel momento. La incompreensión bordada en sus rostros como un tatuaje de ignorancia. La gente que los había rodeado no los acusó, no lanzó improperios al aire, ni intentó agredirlos con los puños. Los herían con sus miradas, llenas de un fuego templado con injusticias, imposible de apagar. Sus brazos señalaron hacia la puerta, y los dueños del mundo, confusos, salieron para ver qué indicaban. Pero solo veían más manos que seguían señalando hacia la calle. Intentaron volver a sus sitios, no en vano eran los dueños del mundo, podían hacer lo que quisieran. No. Aquella vez no pudieron. La gente que componía el mundo y que ellos tan convenientemente se habían empeñado en olvidar, les había bloqueado la entrada a su cómoda habitación, de modo que sólo tenían un camino libre. El camino que indicaban las manos. Temerosos, con el corazón tamborileando sus oídos, siguieron andando hacia adelante hasta salir del edificio, y continuaron entonces caminando, como una fila de reos, siempre por el camino que señalaban los dedos acusatorios de la gente. Desembocaron al final en otro edificio. Y sí, era otra reunión para decidir el futuro del mundo, pero esta vez no decidían ellos. Era el Edificio de Justicia.